

El lugar de las humanidades*

Eduardo Subirats

Universidad de Nueva York (Estados Unidos)

I

El tema que nos convoca hoy es la relevancia o la irrelevancia de las Humanidades en la enseñanza media y en los estudios superiores, y por consiguiente el significado o la insignificancia que esas Humanidades puedan tener para jóvenes como Ustedes que desean abrirse un camino en la vida a través de un conocimiento ejemplar de la realidad en la que viven.

Y nuestra primera tarea es tratar de definir a estas llamadas Humanidades. Pero la primera definición que Ustedes seguramente se hacen de estas Humanidades es la de un conjunto de saberes especulativos y sublimes que no sirven para nada. A diferencia de los saberes instrumentales, ya sean científico/técnicos, jurídicos o financieros.

Esta definición negativa de las Humanidades como saberes que no dan frutos económicos no es irreverente ni provocativa. Es precisamente la definición canónica que dio Francis Bacon, el padre de la tecnociencia moderna, a comienzos del siglo diecisiete. Este filósofo declaró lo que llamamos Humanidades – él menciona las tradiciones metafísicas, religiosas y literarias de los Hindúes y también las filosofías de la Grecia antigua – como saberes epistemológicamente limitados de carácter estrictamente local en el tiempo y el espacio, frente a la universalidad o globalidad de las ciencias productivas. Los saberes de lo que hoy llamamos *Humanities* carecían, según Bacon, tanto de la productividad económica como de la capacidad de dominación de la naturaleza. *Productio* y *potentia* son las palabras que invocaba.

Desde esta *Instauratio Magna* de Bacon asumimos una abrupta división entre saberes literarios, artísticos y filosóficos improductivos, como puedan ser los estudios literarios, las artes, la historia, las ciencias de las religiones y la filosofía, y saberes productivos ligados a la industria, el comercio, las administraciones jurídicas y la guerra. Esta definición negativa de las Humanidades ofrece además una sólida legitimación para que los ministerios de cultura y educación, así como las agencias financieras mundiales recorten su campo de estudios o los eliminen por entero. ¿Pero qué define a estas Humanidades desde un punto de vista afirmativo?

* Este artículo retoma las conferencias presentadas en el XXIII Encuentro Nacional de Investigación Educativa de México (Morelia, Michoacán, México, 28 de noviembre 2009), y en el Encuentro de Decanos de Facultades de Humanidades de Colombia (Cali, Colombia, 4 de diciembre 2009).

En primer lugar, es preciso recordar que Humanidades no significan lo mismo que Humanismo, pero que existe una relación histórica y un vínculo intelectual profundo entre ambos. Humanismo es una palabra que se utiliza para definir a una tradición de filósofos, poetas y artistas del Renacimiento con los que se abre el período histórico europeo que llamamos modernidad. Escritores y filósofos como Francesco Petrarca, Leone Ebreo o Giordano Bruno. Artistas como Leonardo, Alberti y Dürer. Reformadores religiosos como Erasmo. Escritores como Cervantes o Goethe. La gran revolución de estos intelectuales consistió en abrir los horizontes lingüísticos de su tiempo más allá del latín y el griego, y de las culturas greco-latinas. Las filosofías árabes y el misticismo islámico, el hebreo y los estudios de la cabala, las tradiciones espirituales del Egipto y la Mesopotamia antiguos, y los filósofos y místicos de Persia y la India se convirtieron en el fundamento de lo que el antihumanismo y antiintelectualismo dominante en las universidades corporativas suele menospreciar hoy bajo el slogan de “universalismo humanista.” Si incluimos en esta pequeña muestra de filósofos, artistas y escritores, al Inca Garcilaso, cosa infrecuente en las Humanidades como hoy en día se conciben, podemos ampliar este espectro intelectual y lingüístico a las lenguas y culturas clásicas del continente americano. En conclusión, podemos decir que, desde un punto de vista afirmativo, las Humanidades significan una apertura humanista al conjunto y a la diversidad de las expresiones culturales, religiosas y filosóficas de la humanidad.

Sin embargo, tenemos que hacernos una pregunta importante con respecto a estos humanistas: ¿Porque fueron tan importantes estos humanistas representantes de las Humanidades si no produjeron conocimientos económicamente rentables y si todos ellos estaban ligados a las realidades culturales completamente locales de las ciudades europeas? Quizás algunos ejemplos puedan aproximarnos a una respuesta.

Petrarca es conocido por un poema que eleva la dignidad humana a la altura de los dioses. Leone Ebreo, Giordano Bruno y más tarde Baruch Spinoza expusieron la visión filosófica de un cosmos infinito, creador, en sí mismo perfecto y divino. También el Inca Garcilaso construyó una visión armónica del mundo a partir de la cosmología y la religión de los incas. Pero a Ustedes esto, por sí sólo, no les parecerá lo suficientemente relevante. Cualquiera puede decir que la humanidad y el universo son tan grandes y sublimes como los mismos dioses. Tal vez sea preciso puntualizar por eso que lo diferente y relevante en estos casos residía en una celebración de la perfección del ser opuesta a una tradición medieval que había rebajado lo humano a los niveles más sombríos del pecado y la angustia, y para el cual lo importante no era el conocimiento y la belleza de los seres, ni tampoco la felicidad humana en la Tierra, sino el sacrificio y la servidumbre en el aquí y ahora, y la salvación en el más allá.

Leone Ebreo definió un cosmos infinito y armónico en cuyo centro el existente humano resplandecía como expresión suprema del ser. Todo en la vida, desde el deseo erótico hasta el amor al conocimiento, servía a esta unidad armónica de un universo en sí mismo divino. También esta concepción se oponía al antihumanismo cristiano que postulaba una desarmonía fundamental entre la naturaleza y nuestra existencia, a partir del dogma de un pecado originario y absoluto.

Giordano Bruno fue el filósofo que llevó la superación del geocentrismo por Copérnico a sus extremos más revolucionarios. Concibió un universo infinito y dinámico, e increado y creador, en el cual, el existente humano era el verdadero centro espiritual

llamado a glorificarlo con las expresiones divinas de su conocimiento y de sus artes. Leonardo, por citar a un último testigo, reveló a lo largo de sus investigaciones otros secretos de esta misma centralidad espiritual del humano en un cosmos divino. La *Mona Lisa* es una expresión de esta perfección a la vez cosmológica, divina y humana...

He aquí algunos trazos esenciales del Humanismo: la centralidad del humano en un sentido cósmico, el reconocimiento de la pluralidad de las religiones y expresiones espirituales, y la celebración del carácter divino y perfecto del ser en un sentido religioso, metafísico y estético. El significado histórico de este Humanismo fue el de un despertar del conocimiento a los secretos del cosmos, lo humano y lo divino. Humanismo significó también una apertura a todas las culturas históricas, a todas las tradiciones filosóficas y a las diferentes religiones de la humanidad. Leone Ebreo incorporaba a su filosofía las tradiciones racionalistas de la filosofía islámica, Giordano Bruno hacía lo propio con los saberes espirituales de la Mesopotamia y el Egipto antiguos. Dürer llamó la atención sobre la complejidad y perfección de las expresiones artísticas de mayas y aztecas. He aquí también algunos de los rasgos de las Humanidades en un sentido moderno.

La riqueza de las Humanidades no residía en los poderes técnicos y económicos que garantizaba, sino en su reconocimiento de la diversidad de las culturas, y de la dignidad y singularidad del humano. No quiero esto decir que la ciencia humanista descartase la utilidad práctica del conocimiento. Copérnico justificaba sus descubrimientos astronómicos con el argumento de que permitiría perfeccionar los calendarios de la misma Iglesia que condenaba dogmáticamente su descubrimiento. Leonardo se ganaba la vida como ingeniero militar y organizador de fiestas para la nobleza florentina. En otros casos, sin embargo, la nueva ciencia humanista era censurada y perseguida por cuestionar la legitimidad de poderes opresivos. El Inca Garcilaso vivió toda su vida en el exilio por defender la existencia de un mundo espiritual inca. Luis de León fue condenado por la Inquisición a varios años de cárcel por el delito de comentar a partir de su original hebreo el *Cantar de los Cantares*. Después de encontrar todas las puertas de las universidades europeas cerradas a su espíritu renovador, Giordano Bruno regresó a Italia, fue encarcelado en las prisiones del Vaticano y torturado durante seis años y, finalmente, le arrancaron la lengua y quemaron vivo en la plaza pública.

II

Pero estamos en México y hablamos la lengua de Castilla. Y en el México novohispano y en el ámbito de la lengua castellana no hubo espacios en los que pudiera desarrollarse el espíritu del Humanismo. Hubo humanistas importantes en la Península Ibérica y en América, como Cervantes, el Inca Garcilaso o los hermanos Valdés. Pero los que no sufrieron el exilio, agonizaron en las mazmorras de la Inquisición. Otro tanto sucede con la reforma intelectual del Esclarecimiento, la última consecuencia de este Humanismo europeo. La reforma esclarecida del pensamiento fue asimismo decapitada en el mundo hispánico.

Tres intelectuales modernos pueden citarse como tristes testigos de estas mutiladas reformas humanistas y esclarecidas: el venezolano Simón Rodríguez, el peruano Pablo de Olavide y el español José María Blanco White. El primero murió en el destierro y bajo el signo del fracaso, el segundo fue sometido a un Auto inquisitorial y obligado bajo

coerción a escribir un libro contra sus propios ideales reformistas, y el tercero fue empujado a un exilio sin retorno y su obra madura ha permanecido censurada en el mundo hispánico hasta el día de hoy.

En la historia moderna de nuestras naciones hispánicas ha existido, sin embargo, algo que se ha llamado y sigue llamándose Humanismo, pero que responde a un modelo completamente diferente del conocimiento que representaba un científico como Copérnico o un filósofo como Spinoza o un artista como Albrecht Dürer. Y es diferente este Humanismo hispánico porque ni estuvo vinculado a un rigor hermenéutico o científico, ni a la crítica de ninguna clase. Se trata de un Humanismo concebido como representación filosófica, literaria o artística de valores trascendentes. El ejemplo más notable lo constituye la Escuela de Salamanca, cuyos humanistas cristalizaron los valores éticos de la Contrarreforma, por ejemplo la dignidad divina del ser humano y su derecho a la salvación eterna, en las leyes que regularon el proceso de dominación colonial americana. En el mundo moderno esta concepción de las Humanidades como representación general y abstracta de los valores trascendentes de la persona, el estado y la nación la encarnan dos celebrados escritores: José Enrique Rodó en América y José Ortega y Gasset en la Península ibérica.

Repito que este Humanismo hispánico no ha sido ni es un método de conocimiento, ni de crítica, ni ha significado tampoco una apertura intelectual a las libertades políticas y el pluralismo cultural, y tampoco ha contribuido en alguna medida a dignificar la condición humana, al contrario de las Humanidades del Renacimiento y la Ilustración europeos. Es un Humanismo fundamentalmente retórico. Por eso ustedes sienten desosiego cuando oyen hablar de Humanidades y de Humanismo, y lo asocian muchas veces con las homilias académicas insoportablemente tediosas. Y por eso prefieren dedicarse a cosas más serias como la ingeniería y la teoría económica, que parecen menos excelsas, pero les permite confrontarse con una realidad y una responsabilidad tangibles, y les proporciona la satisfacción transparente de levantar una empresa económica o construir un puente. Y les recuerdo en este sentido que la crítica de las Humanidades como charlatanería ha sido una constante en el decadente mundo español desde el Juan de Valdés en el *Lazarillo*, hasta Francisco de Goya en sus *Disparates*, y en una serie de olvidadas novelas del siglo veinte como *Tiempos de silencio* de Luis M. Santos.

III

Pero después de escuchar mis argumentos Ustedes quizás se preguntarán: ¿Si las Humanidades han sido prohibidas y perseguidas cuando eran independientes y tenían un sentido crítico, y si se han consentido cuando se han rebajado a una charlatanería inútil para qué entonces tenemos que estudiar esas Humanidades que de todos modos no dan ni oficio ni beneficio?

Intentaré salir al paso lo más alegremente posible de este difícil dilema recordando aquí una situación de equilibrio. Lo que quiero recordarles son aquellos momentos felices en la historia de las ciudades y las culturas en los que se ha permitido el florecimiento de conocimientos e ideas con entera independencia de sus provechos económicos o desprovechos políticos. El califato de Córdoba en el siglo doce, el florecimiento de las ciudades sagradas de Cusco y Tenochtitlán en los siglos que precedieron a su destrucción

colonial, la Florencia del Renacimiento o la ciudad de Jaipur en el siglo dieciocho han constituido grandes momentos en la historia de las culturas y deben considerarse como hitos en un concepto crítico y contemporáneo de Humanidades. La reforma humanista de la universidad dirigida por Wilhelm von Humboldt en el siglo diecinueve constituye un valioso ejemplo frente a la devastación antihumanista de la educación que presenciamos por todas partes.

Pero a Ustedes este argumento no les convence enteramente porque expresa una nostalgia por los siempre mejores tiempos pasados. Y a Ustedes les preocupa más bien su presente y su futuro. Por eso trataré de resumirles lo que personalmente pienso sobre este presente y futuro, y sobre el papel de las Humanidades como medio de educación y reflexión sobre el presente y el futuro que realmente queremos.

Con respecto a nuestra condición histórica actual quiero señalar cuatro categorías elementales. Primero: vivimos una edad tecnocientífica y tecnocéntrica; pero nuestra perspectiva histórica ya no contempla precisamente aquellos ideales humanizadoras de la ciencia clásica; ya no asociamos la libertad, ni la felicidad, ni el progreso con el desarrollo de las ciencias instrumentales como lo hacían filósofos como Kant o Hegel. Por el contrario: la ciencia moderna, desde Einstein y Heisenberg, contempla su radical distanciamiento y separación de aquellos fines humanos del conocimiento que habían inspirado los momentos estelares del Humanismo y el Esclarecimiento.

Segundo: nos confrontamos hoy con grandes amenazas ligadas a la expansión tecnoindustrial. La destrucción progresiva del ecosistema planetario ya permite prever desastres biológicos, climatológicos y humanos de gran escala en las próximas décadas.

Tercero: el aumento de los controles sobre el desarrollo de la inteligencia humana en un sentido artístico, filosófico e intelectual a través de sistemas progresivamente eficaces de modificación de la conducta humana, desde la educación hasta la alimentación. Eso permite vislumbrar un futuro, mil veces anunciado por sociólogos, filósofos y poetas, de culturas globalmente uniformadas, una Humanidad reducida a la comunicación electrónica, la existencia humana configurada como un aparato de consumo destructivo, y la fragmentación y disolución de las memorias culturales y los vínculos humanos que sustentan.

Y un último aspecto a ser considerado: el desarrollo de la violencia que provoca el hambre, las guerras y la desintegración social; pero que es una violencia con armas de destrucción masiva y cuyas víctimas además pueden volatilizarse a través de los mass media con mucha mayor facilidad que las víctimas de los campos de concentración y exterminio que se han expandido a lo ancho de los cuatro continentes desde el comienzo de la era industrial.

IV

¿Cuál era el objetivo de los estudiosos de la Cábala, como Leone Ebreo, de la magia, como Giordano Bruno, o de la cosmología inca, como Garcilaso? ¿Cuál es el significado de ciencia que se desprende de las investigaciones naturales de Leonardo y Goethe? ¿Cuál el valor del arte que pone de manifiesto una obra literaria como de Juan Rulfo o la pintura de Paul Klee?

La respuesta a estas preguntas se encuentra al alcance de la mano. Su objetivo era el conocimiento del cosmos y del alma humana. Era preservar los legados intelectuales y artísticos del pasado, cultivar las lenguas históricas como medio de su expresión literaria, impulsar un orden social a partir de valores éticos arraigados en las costumbres de los pueblos más antiguos de la Humanidad, y abrir nuevas posibilidades al conocimiento, la expresión y el desarrollo humano. Este era el objetivo que perseguían estos Humanistas y esto es también lo que podemos aprender a través de las Humanidades.

Estamos preocupados por el futuro que nuestro presente encierra como un sortilegio; y estamos preocupados por sus crecientes amenazas de todo género. El papel inmediato de las Humanidades reside en la comprensión de esta situación histórica y nuestra condición existencial frente a ella; y es la creación de un auténtico espacio público de reflexión sobre el futuro que queremos. La destrucción de las Humanidades y, en general, la degradación y destrucción de los medios de educación significa la destrucción de nuestro futuro.

Fecha de recepción: 17 de junio 2013

Fecha de aceptación: 17 de junio 2013 (contribución invitada)